

p. 598; o cuando, al tratar del sacramento de la confirmación, no hay referencia a la inversión del orden en su actual administración). En fin, alguna alusión a la historia y actualidad de la Iglesia Católica podría ser más independiente del uso tópico actual (por ej., la visión de la Curia romana de p. 545).

Estas observaciones no deprecian, en su detalle, el inmenso esfuerzo que supone afrontar hoy una exposición de la fe desde la reflexión teológica. El libro podrá ser útil en gran parte. En algunas cuestiones un buen conocimiento de la teología actual permitirá al lector discernir las opciones del autor. Presentimos que el presente libro puede permanecer como un punto de referencia —para una preparación evangelizadora— durante los años futuros, superando el carácter coyuntural. Por este motivo, y a la vista de ulteriores ediciones, nos permitimos sugerir alguna mejora.

En concreto, el autor da por supuestos algunos conocimientos fundamentales de filosofía. Esta suposición no resulta hoy realista, por desgracia. Quizá haya que engrosar algo el volumen con desarrollos elementales, al menos para la edición española, cuyo público carece de esos presupuestos (mientras no se reformen los contenidos del bachillerato español). Especial interés tendría aquí una exposición del concepto de «causas segundas», pieza clave en algunas zonas del libro. También vendrían bien algunos desarrollos ulteriores de la antropología cristiana, ahora quizá muy condensada. En otros momentos, hay alusiones a planteamientos ideológicos y culturales que probablemente haya que exponer con mayor detenimiento.

Finalmente, algunas correcciones tipográficas para ulteriores ediciones: p. 97, la cita de McLuhan no es correcta. «Le pide a Dios que cierre la boca ante...»: probablemente se trata de Job: p. 221. La «barita» de p. 341 es sin duda una «varita». La cita literal de Jn 9, 33 en p. 297 es incorrecta. La nota 2 en p. 406 debería anotar a la frase siguiente.

José R. VILLAR

Anton ZIEGENAUS, *Jesus Christus. Die Fülle des Heils. Christologie und Erlösungslehre*, en L. Scheffczyk, A. Ziegenaus, *Katolische Dogmatik*, IV, MM Verlag, Aachen 2000, 483 pp., 16 x 23,5, ISBN 3-928272-52-7.

La prestigiosa dogmática que desde hace años vienen publicando L. Scheffczyk y A. Ziegenaus alcanza con este volumen el núcleo de la teología católica, vertebrada sobre el misterio de Cristo y la historia de la salvación y —huelga decirlo—, afronta el que quizá sea el tratado más difícil por la multitud de temas que es necesario tratar, por la variedad de posiciones que es nece-

sario reflejar y por la ingente bibliografía de la que es necesario dar cuenta. A. Ziegenaus afronta la empresa de escribir este tratado de cristología y soteriología en plena madurez teológica, con amplio dominio de los instrumentos necesarios y con un gran conocimiento de la historia de la teología y de la situación contemporánea. Súmese a esto su conocida capacidad de ir a lo esencial, sin divertirse en cuestiones colaterales, y el resultado es un tratado de cristología denso y que constituye una auténtica lección de buen hacer teológico.

El tratado comienza con un largo capítulo introductorio (pp. 5-125), en el que se tratan, sobre todo, las cuestiones referentes al acceso a Jesús. Abren el capítulo unas páginas dedicadas a Jesús como Mediador, como el Centro (5-13). Se trata de unas páginas muy oportunas, no sólo porque la Persona de Cristo es inseparable de su vocación de Salvador, sino también porque la consideración de su carácter de mediador y de la naturaleza de esta mediación es clave para contemplar en un horizonte propicio el misterio de Jesucristo. Buena muestra de ello es cómo a la hora de la clarificación cristológica influyó positivamente en la época patristica el célebre axioma «lo que no fue asumido no fue curado». En efecto, desde Atanasio estaba en el primer plano del discurso teológico que Cristo era mediador, no como un ser intermedio, sino como alguien que comulga al mismo tiempo con lo divino y con lo humano.

Ziegenaus prosigue su trabajo con un apartado dedicado a las alteraciones de la imagen de Jesús en la exégesis moderna. La selección de temas y autores es oportuna, y evita al estudioso perderse por los vericuetos de un debate en el que han intervenido tantos autores y en el que existen tantas posiciones. Ziegenaus comienza, como es lógico, con Reimarus, sigue con la *Leben-Jesu-Forschung*, y continúa con Bultmann y las diversas posiciones que se dan entre los autores posteriores; tiene presente, sobre todo, la radicalización de H. Braun y la más ponderada de Käsemann. Este apartado concluye con unas páginas dedicadas a los escritos del Nuevo Testamento, sus confesiones de fe y su cronología. Tienen especial fuerza las páginas dedicadas a los títulos de Cristo, que el autor considera en cuanto fundamento del desarrollo de la cristología. Los títulos estudiados son: Kyrios, Cristo, Hijo, Gran Sacerdote, Hijo del hombre, Hijo de David, Profeta, Maestro. Ziegenaus coloca también en este capítulo introductorio algunos planteamientos cristológicos significativos de nuestro tiempo. Él los llama «esbozos» (*Entwürfe*) realizados en el horizonte del pensamiento contemporáneo. Para este asunto elige a Romano Guardini en su visión de Cristo como el camino absoluto hacia el Padre, a Theilhard de Chardin como el más representativo del horizonte del evolucionismo, a P. Schoonenberg como representante de la lucha contra Calcedonia, a K. Rahner por su cristología trascendental y a W. Panneberg por su moderación dentro del pensamiento protestante.

El capítulo segundo (pp. 126-279) está dedicado a la enseñanza de la Iglesia sobre Jesucristo. Es significativo que este capítulo comience por unos largos párrafos destinados a exponer la enseñanza sobre Jesús en el Nuevo Testamento, poniendo así de relieve su eclesialidad, es decir, el hecho de que estos escritos recogen la memoria de la Iglesia y la fe profesada en ella y que han de leerse inmersos en este ambiente eclesial del que surgen. El autor cierra este apartado con un apéndice dedicado a los escritos de Qumran. El capítulo prosigue con un largo apartado dedicado a las clarificaciones cristológicas que hace la «Iglesia de los Padres» sobre la figura de Jesucristo que se encuentra en el Nuevo Testamento deteniéndose, como es lógico, en los grandes concilios cristológicos, especialmente en Nicea y Calcedonia. Aquí encontramos unas páginas interesantes y muy actuales sobre la singularidad y universalidad de Cristo. El autor prolonga su estudio de la Antigüedad hasta Boecio y su definición de persona, para concluir este capítulo con un anexo dedicado a la cuestión de la helenización del cristianismo y al concepto de hombre subyacente a los teólogos calcedonenses.

El capítulo tercero (pp. 281-447) está dedicado a la soteriología. Comienza con dos apartados dedicados a la naturaleza del misterio pascual y a las diversas interpretaciones que la muerte y resurrección del Señor han recibido a lo largo de la historia, para continuar con el «secreto» de la vida terrena de Jesús y la consideración teológica de los misterios de su vida y de su muerte. El capítulo —y el libro— concluyen con una sistematización de la doctrina soteriológica (pp. 437-441) y una consideración final sobre la glorificación de Jesús.

El estudioso se encuentra aquí con un tratado de cristología denso y actual, escrito tras muchos años de estudio y docencia y con un profundo conocimiento tanto de la cristología clásica como de los estudios contemporáneos. Es una cristología en la que el autor ofrece una síntesis de su pensamiento que, además, facilita a cada uno realizar él mismo la suya propia. El autor ofrece, en efecto, junto con el ejemplo de la coherencia de su pensamiento, los datos necesarios para orientarse convenientemente.

Así se puede comprobar, p. ej., en el tratamiento que hace de la discusión en torno al uso teológico del concepto de satisfacción (pp. 310-321). Tras exponer brevemente la teoría anselmiana de la satisfacción, el autor advierte que es necesario tomarse en serio los argumentos en contra de esta teoría. Sobre todo, es necesario tener en cuenta la absoluta soberanía de Dios, que quedaría comprometida si la posición anselmiana se recibiese sin las matizaciones necesarias. Pero la necesidad de una expiación y una reconciliación entre los hombres y Dios aparece claramente expresada en la Escritura y forma parte de la fe cristiana tal y como ha sido entendida por la tradición de la Iglesia. Insertán-

dose en ella, A. Ziegenaus se plantea un interrogante frecuente en el hombre contemporáneo: si Dios es infinitamente misericordioso, ¿es necesario un proceso de reconciliación?, y contesta afirmativamente. Encuentra la razón en el hecho de que Dios quiere sanar al hombre, y la sanación requiere que el hombre mismo también coopere a ella. Pero no se trata de sólo un proceso de reconciliación, sino de un proceso de reconciliación en el que es pieza esencial el carácter satisfactorio de la vida y la muerte del Hijo de Dios.

A. Ziegenaus sigue utilizando el concepto de satisfacción, pero insertándolo en el contexto más amplio de las exigencias de la Alianza. Su argumentación puede resumirse así: Dios ha hecho una Alianza con su pueblo; el pueblo no ha sido fiel, pero Dios quiere hacer una alianza universal y definitiva con su pueblo, pero como el pueblo no es fiel necesita una persona fiel, absolutamente fiel que represente a la humanidad, y ése es su Hijo. En esta perspectiva se ve que es realmente necesario todo lo que ha hecho el Hijo, y se supera la teoría de Anselmo precisamente poniendo de relieve que la Alianza tiene lugar en el Hijo.

El tema de la satisfacción es quizás el más necesitado de equilibrio y de prudencia. Por esta razón, tras insinuar su pensamiento sobre el encuadre más adecuado para tratar el tema de la satisfacción, el Autor insiste en que es necesario subrayar que nos encontramos ante un misterio. Más aún, el hecho de que la muerte de Cristo haya expiado los pecados de la humanidad no sólo es un misterio, sino una realidad misteriosa que está conectada también a otras realidades misteriosas. A. Ziegenaus advierte que este misterio es inseparable de la dimensión trascendente del pecado. Según esto, San Anselmo se quedaría en lo externo de la cuestión, en lo jurídico, sin ir al fondo teológico del pecado y de la satisfacción. Por esta razón una respuesta demasiado clara, demasiado geométrica, como si se llegasen a captar las «razones necesarias» de la muerte de Cristo, será siempre sospechosa, pues cuando se piensa que se ha entendido un misterio, es que no se ha entendido nada. Siempre será un misterio por qué Dios nos ha redimido por la cruz de su Hijo, y desde la antigüedad el hombre trata de penetrar en este misterio, porque no quiere ni debe creer ciegamente (p. 320).

Crear consciente y coherentemente, intentando elaborar una síntesis de pensamiento y de fe en la medida en que nos es posible. El presente volumen es un buen ejemplo de que esta síntesis es posible y, en cierto sentido, asequible. A lo largo de sus páginas, el lector encontrará muchos ejemplos de ella. Con este volumen, que estudia uno de los asuntos más delicados de toda la Teología, la edición de la *Katolische Dogmatik* de L. Scheffczyk y A. Ziegenaus prosigue su camino fructífera y coherentemente.

Lucas F. MATEO-SECO